



Lección inaugural

“Testigos de Cristo en el mundo para la Nueva Evangelización”

Apertura de Curso del Seminario Diocesano e Instituto Teológico “San Juan de Ávila” y del Instituto Superior de Ciencias Religiosas Asidonense (ISCRA)

Jerez, 13 de octubre de 2011

Con esta lección inaugural, que señala el comienzo del Curso académico del *Seminario e Instituto Teológico “San Juan de Ávila”* y al que asiste también invitado el *Instituto Superior de Ciencias Religiosas Asidonense*, nos situamos en el contexto presente de nuestra Iglesia, urgida por el Papa a la tarea de la *Nueva Evangelización*.

A este tema hemos dedicado la *Semana Diocesana de Teología*, y a su vez constituirá el motivo de reflexión y aplicación del *Plan Pastoral Diocesano* del año que ahora comienza y muy probablemente también del próximo. De esta manera nuestra Iglesia diocesana expresa la plena comunión con la Iglesia universal, en la dinámica evangelizadora de este principio del Tercer Milenio.

La *Nueva Evangelización* ha de ser justamente el horizonte que estimule la tarea de quienes se dedican a la reflexión y la profundización de la fe, como es el caso del Seminario Diocesano para los futuros pastores y el Instituto de Ciencias Religiosas para los fieles laicos en general. Se trata de hallar y promover los nuevos métodos y nuevas expresiones e incluso, si es posible, el nuevo ardor –por citar, a decir del Papa Juan Pablo II, los elementos que definirían esta nueva aventura pastoral- con los que estamos llamados a dar testimonio de nuestra fe. Porque, y es oportuno recordarlo desde el principio, el estudio filosófico, teológico, bíblico o histórico tienen por objeto primordial, como todo lo que se hace en la Iglesia, el de ayudar a vivir la fe y a transmitirla con una mayor eficacia a quienes aún carecen de ella o bien están en proceso de crecimiento y maduración.

En este sentido, la proclamación de San Juan de Ávila como *Doctor de la Iglesia* anunciada por el Santo Padre en la misa de la JMJ celebrada con los seminaristas en la Catedral de La Almudena de Madrid el pasado 20 de Agosto, viene a confirmar esta verdad. Reconocido ya oficialmente con la máxima autoridad teológica en su enseñanza, el **Maestro Ávila** no estudió ni enseñó por el mero prurito intelectual, sino que, al igual que San Pablo, el profundo amor a Jesucristo y el celo por la salvación de las almas fue el impulso decisivo en su vida pastoral, hasta el punto de hacer suya la exclamación del Apóstol: **“¡ay de mí, si no evangelizare!”** (cf 1 Co 9, 16)

Pues bien, hecho este preámbulo, entraremos en ese tema tan actual y complejo y para ello comenzaremos haciendo un recorrido histórico de cómo ha surgido esa expresión y en qué sentido se la ha utilizado.

La expresión “Nueva Evangelización”

Lógicamente hablar de evangelización en la Iglesia no es ninguna novedad, sin embargo sí podemos decir que la novedad viene por el adjetivo de *Nueva*. Al mismo tiempo es esa novedad lo que hay que delimitar, de ahí que vamos a remontarnos a los momentos en que comienza a aparecer en documentos e intervenciones magisteriales.

A partir del Concilio Vaticano II, dado el impulso de *“vuelta a las fuentes”* que propició, la evangelización pasó a ser uno de los objetivos prioritarios de la reflexión teológica y, sobre todo, de la actividad misional de la Iglesia. Siguiendo la inspiración del Concilio, la Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi* de Pablo VI, publicada en 1975, puede considerarse como la carta magna sobre la evangelización. En ella el Papa subrayó la naturaleza esencialmente misionera de la iglesia; afirmó el carácter prioritario de la actividad

evangelizadora en la tarea misional y pastoral; y se señalaron los desafíos planteados a la Iglesia en el mundo actual y los compromisos fundamentales de la evangelización.

Las bases doctrinales y las orientaciones pastorales del Vaticano II y de la *Evangelii Nuntiandi* pusieron, pues, la evangelización en el centro de la misión eclesial; pero no hablaron nunca de una *Nueva Evangelización*, ya que esta expresión pertenece al magisterio de Juan Pablo II, que la usó por primera vez en su discurso a la XIX Asamblea Plenaria del CELAM, celebrada en Haití en marzo de 1983, en el cual explicitaba dicho programa diciendo:

“La conmemoración del medio milenio de evangelización tendrá su significación plena si es un compromiso vuestro como obispos, junto con vuestros presbíteros y fieles; compromiso no de reevangelización, pero sí de *una evangelización nueva*. Nueva en su ardor, en sus métodos y en su expresión”.

El 12 de octubre de 1984 vuelve nuevamente sobre el programa de una *Nueva Evangelización* en el discurso dirigido a los Obispos de América Latina, reunidos en Santo Domingo para inaugurar el novenario con motivo del Vº Centenario del inicio de la fe en dicho continente. En aquella ocasión Juan Pablo II se expresó en los siguientes términos:

“El próximo Centenario del Descubrimiento y de la primera evangelización nos convoca, pues, a una *Nueva Evangelización* de América Latina, que despliega con más vigor – como la de los orígenes- un potencial de santidad, un gran impulso misionero, una vasta creatividad catequética, una manifestación fecunda de colegialidad y comunión, un combate evangélico de dignificación del hombre, para generar, desde el seno de América Latina, un gran futuro de esperanza. Este tiene un nombre: *la civilización del amor*”.

Posteriormente, el programa de una *Nueva Evangelización* proclamado originalmente en un contexto latinoamericano lo proyecta Juan Pablo II a toda la Iglesia como queda patente en diversas intervenciones y en casi todos los documentos de su magisterio. Entre los más significativos destacan, por ejemplo: el discurso a la Organización Internacional del Trabajo, en Ginebra; la comunicación ante el Parlamento Europeo; la encíclica *Slavorum apostoli*, en la que encomienda a la Iglesia el desafío de reconstruir la unidad de Europa y de toda la humanidad; las encíclicas *Sollicitudo rei sociales*, *Christifideles laici*, etc... En resumen, su magisterio en las visitas pastorales a los diversos continentes ha insistido en la urgencia de una *Nueva Evangelización* como tarea prioritaria para toda la Iglesia.

Posteriormente, ha sido Benedicto XVI quien ha cogido el testigo, asumiendo la totalidad de la herencia de Juan Pablo II y convirtiendo la Nueva Evangelización en la constante apostólica y en el elemento más continuo de su orientación pastoral como lo muestra la creación del Consejo Pontificio consagrado a la Nueva Evangelización y el próximo Sínodo en 2012 sobre este tema, así como sus múltiples intervenciones magisteriales en las que no deja de presentar dicho reto evangelizador como la gran respuesta que la Iglesia puede ofrecer a la sociedad actual y como la solución a los problemas y ataques con que se encuentra la Iglesia, en la actualidad, en los países de tradición cristiana¹.

Aproximación a su contenido

Tras el recorrido histórico, podemos intentar precisar un poco más la expresión Nueva Evangelización, según el dilatado horizonte que contempla, así como lo nítido de su contenido, que no siempre es claro y estable. Lo primero que hemos podido comprobar en la mirada histórica y, más concretamente en las intervenciones de Juan pablo II es que no se trata de una re-evangelización, cual si la primera hubiera sido un fracaso. Hablar de *Nueva Evangelización* es reconocer que existió una antigua o primera. No es evangelizar nuevamente como si la Iglesia anteriormente nunca lo hubiera llevado a cabo; ni tampoco se presenta la novedad como ruptura, ni como una especie de maquillaje superficial; no es una evangelización en el sentido de llevar el evangelio a zonas que nunca han escuchado la Buena Nueva, sino que sobre todo se refiere a evangelizar a los que se han alejado del cristianismo en los países de vieja cristiandad.

¹ Cf. Carta Apostólica en la constitución del Consejo Pontificio para la promoción de la Nueva Evangelización del 12-10-2011. En ésta precisa muy claramente la condición espiritual de la Nueva Evangelización: **que la Iglesia se deje regenerar y animar por el poder del Espíritu Santo.**

Así vemos que la primera vez que se usa el término, Juan Pablo II se dirige a la Iglesia latinoamericana donde se puede hablar de unas comunidades cristianas sacramentalizadas, pero insuficientemente evangelizadas y escasamente evangelizadoras, sobre todo en el ancho campo de la religiosidad popular. En ellas abundan los valores humanos, religiosos, creyentes; pero abundan también las ambigüedades o los antivalores manifiestos desde el punto de vista cristiano, que demanda vivir en el presente el coraje y la fuerza de los primeros cristianos, de los primeros misioneros para llevar a cabo una *Nueva Evangelización*.

Posteriormente, la aplicación de dicha expresión viene aplicada a toda la Iglesia y usada sobre todo como respuesta a los problemas que presenta la realidad de Occidente en el que ha aparecido un fenómeno nuevo: la socialización del ateísmo. Es un fenómeno de tipo cultural, algo que se difunde fácilmente, que se admite con naturalidad, sin crítica y que se divulga y fortalece rechazando la afirmación de Dios y la aceptación de la religión como dimensión humana normal y valiosa.

Es éste el sentido más frecuente con que lo usa Benedicto XVI que repite incansablemente la necesidad de una mentalidad evangelizadora capaz de alcanzar el corazón y el espíritu del hombre de hoy. Lo dijo claramente a los obispos en su viaje a Portugal:

“Verdaderamente, los tiempos en que vivimos exigen una nueva fuerza misionera en los cristianos, llamados a formar un laicado maduro, identificado con la Iglesia, solidario con la compleja transformación del mundo”².

Lo ha remarcado asimismo en la Exhortación Apostólica surgida del último Sínodo de Obispos, *Verbum Domini*, en la que se afirma:

“los padres sinodales han reiterado también la necesidad en nuestro tiempo de un compromiso decidido en la *missio ad gentes*. La Iglesia, no puede limitarse en modo alguno a una pastoral de mantenimiento para los que ya conocen el Evangelio de Cristo”³.

Y lo ha sintetizado explícitamente en su última visita a Venecia:

«Vivís en un contexto en el cual el cristianismo se presenta como la fe que ha acompañado, por siglos, el camino de tantos pueblos, incluso a través de las persecuciones y pruebas más duras. Sin embargo, hoy este ser de Cristo corre el riesgo de vaciarse de su verdad y de sus contenidos más profundos; corre el riesgo de convertirse en un horizonte que sólo toca la vida superficialmente, en sus aspectos más bien sociales y culturales».

Se corre el riesgo de contentarse con un cristianismo en el que la experiencia de fe en Jesús crucificado y resucitado no ilumina el camino de la existencia. Ante esta realidad el Santo Padre invitaba a ser testigos del amor de Dios por el hombre mediante una vida coherente a favor de los más débiles, a vivir la fe vivida con valentía para como en el pasado hacer surgir una fecunda cultura de la vida y a proponer a todos los hombre creyentes o no la belleza del acontecimiento de Jesucristo, Camino, Verdad y Vida⁴.

Y lo ha proclamado con fuerza en la JMJ donde con la certeza de la capacidad intrínseca de nuestra fe para prender en el corazón del hombre y dar respuesta a sus preguntas más decisivas, ha invitado a los jóvenes y, con ellos a toda la Iglesia a desafiar, a la vez con humildad y valentía a la mentalidad postmoderna, proponiendo permanecer “*Arraigados y edificados en Cristo y firmes en la fe*”.

En definitiva, hablar de *Nueva Evangelización* es saber dar respuesta a un mundo sin Dios como queda reflejado en la Encíclica *Spe Salvi*, recordando un texto de San Pablo a los Efesios (cf. Ef 2, 6), que trata de un mundo sin esperanza⁵. Es decir, estar a la altura de este reto pastoral es saber ser testigos de Cristo en un mundo en el que se está haciendo socialmente normal, culturalmente admitido, el olvido de Dios y la exclusión de la relación personal con Dios como un elemento importante de la vida personal.

Un mundo en el que se ha inoculado una cultura atea, desplazando a una cultura encuadrada en la fe y de hondas raíces cristianas y estableciendo en poco tiempo una ruptura total entre fe y cultura. En este

² BENEDICTO XVI, Encuentro con los obispos de Portugal, Fátima Jueves 13 de mayo de 2010.

³ BENEDICTO XVI, Exhortación Apostólica *Verbum Domini*, n. 95.

⁴ BENEDICTO XVI, Asamblea del Segundo Congreso Eclesial de Aquilea, 7 de mayo 2011.

⁵ SS, 2, 23, 27, 44

sentido *Nueva Evangelización* es por una parte el esfuerzo de renovación que la Iglesia debe hacer para afrontar el desafío del contexto sociocultural de la postmodernidad (cf. Lineamenta 5); y por otra, se presenta como el estímulo que necesitan las comunidades cansadas y débiles para volver a descubrir la alegría de la experiencia cristiana (cf. Lin. 6,16,25).

Realizada esta breve aproximación a la expresión *Nueva Evangelización* podemos decir que no hay duda de que tenemos la necesidad y la obligación como Iglesia de plantear a nuestra sociedad los fundamentos auténticos y radicales de la religiosidad y de la fe cristiana. El momento cultural que estamos viviendo nos muestra que es la hora de la verdad de los cristianos, llamados, como Pablo a ser contemporáneos de Cristo en un mundo plural para vivir el Evangelio y anunciarlo en la cultura postmoderna. La *Nueva Evangelización* nos debe mover a no quedarnos indiferentes ante la muchedumbre inmensa de hombres y mujeres, niños, jóvenes y ancianos que viven como si Dios no existiese, que no conocen a Jesucristo, que buscan a veces sin saberlo una verdad definitiva que dé sentido a su existencia y razón a su esperanza.

Este empeño ha de ocupar el lugar central en la misión de los sacerdotes, en la formación de los seminaristas, en la vida, según su propio carisma, de los religiosos, pero también de los laicos, de las familias, de los diversos Movimientos eclesiales de antigua y reciente implantación. Debemos, pues, impetrar el fuego del Espíritu Santo como al principio; y comenzar en el Cenáculo para una vez llenos del Espíritu de Jesús salir de allí y como aquellos primeros apóstoles dar gratis lo que gratis se ha recibido. Así lo reflejan las palabras de San Pedro al paralítico que pedía limosna a la entrada del templo:

“No tengo oro ni plata, pero lo que tengo te lo doy; en nombre de Jesucristo el Nazareno, echa a andar” (Hch 3,5).

En definitiva, está sonando la hora de la *Nueva Evangelización* en la que no sólo estamos llamados a llevar el Evangelio a vastos horizontes que nunca lo han recibido, sino también a descubrir de nuevo la belleza de la fe a regiones de antigua tradición cristiana, convertidas hoy en un mundo “*sin raíces*” que no conoce al que es “*el Camino, la Verdad y la Vida*” (cf Jn 14, 6).

Actitudes que la integran

Sabiendo lo complejo y a la vez lo simple que es hablar de *Nueva Evangelización* señalo ahora lo que desde mi parecer son algunos elementos imprescindibles para poder llevar adelante la urgente misión evangelizadora a la que el Señor nos llama. En definitiva no son otras actitudes que las que el mismo Maestro vivió y enseñó a sus discípulos y éstos transmitieron a la comunidad de los creyentes y que podemos sintetizar en: santidad, caridad, fortaleza y unidad.

Santidad por el seguimiento

Merece la pena recordar en este momento las palabras que servían de pórtico al Papa Benedicto XVI en su primera encíclica *Deus Caritas Est*⁶:

“**Hemos creído en el amor de Dios:** así puede expresar el cristiano la opción fundamental de su vida. No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”

Hace falta, pues, redescubrir la esencia del Cristianismo: el encuentro personal con Jesucristo. Redescubrir el Cristianismo como un acontecimiento real que ocurre hoy en nuestra vida, como ocurrió en la vida de los primeros discípulos. Saber que no es meramente una doctrina por aprender, ni tampoco un simple código ético. El Cristianismo es el encuentro con una Persona, la Persona viva de Cristo. Sólo este encuentro cambia realmente la existencia y vida de los hombres y da el sentido último y definitivo a nuestro destino. Así lo expresaba también Benedicto XVI en su mensaje a la JMJ:

“También nosotros quisiéramos poder ver a Jesús, poder hablar con Él, sentir más intensamente aún su presencia. A muchos se les hace hoy difícil el acceso a Jesús. Muchas de las imágenes que circulan de Jesús, y que se hacen pasar por científicas, le quitan su grandeza y la singularidad de su persona... De

⁶ DCE, n.2

hecho, Jesús mismo, apareciéndose nuevamente a los discípulos después de ocho días, dice a Tomás: «Trae tu dedo, aquí tienes mis manos; trae tu mano y métela en mi costado, y no seas incrédulo, sino creyente» (Jn 20, 27).

También para nosotros es posible tener un contacto sensible con Jesús, meter, por así decir, la mano en las señales de su Pasión, las señales de su amor. En los Sacramentos, Él se nos acerca en modo particular, se nos entrega. Queridos jóvenes, aprended a “**ver**”, a “**encontrar**” a Jesús en la Eucaristía, donde está presente y cercano hasta entregarse como alimento para nuestro camino; en el Sacramento de la Penitencia, donde el Señor manifiesta su misericordia ofreciéndonos siempre su perdón. Reconoced y servid a Jesús también en los pobres y enfermos, en los hermanos que están en dificultad y necesitan ayuda”. (Cf nº 4)

En definitiva, para ser testigos de Cristo en un mundo que se halla sumergido en una “*cultura líquida*” - palabras del Papa en Venecia-, en una cultura basada en el consumismo en el que las relaciones humanas, - incluidas las relaciones entre el hombre y la mujer-, quedan sometidas a la lógica del usar y tirar y reducidas a la servidumbre del relativismo, para el que no hay ideas verdaderas o falsas, sino únicamente útiles o inútiles.

En un mundo, pues, en el que hay un predominio cultural del ateísmo práctico, que normaliza modelos de vida abiertamente inmorales que chocan con la enseñanza de la Iglesia es necesario ser santos:

«Es necesario dar cuenta de la esperanza cristiana al hombre moderno, agobiado por grandes e inquietantes problemáticas que ponen en crisis los cimientos mismos de su ser y actuar». Y, para ello: «¡Sed santos! ¡Poned en el centro de vuestra vida a Cristo! Construid sobre Él el edificio de vuestra existencia. En Jesús encontraréis la fuerza para abrirnos a los demás y para hacer de vosotros mismos, con su ejemplo, un don para toda la Humanidad».

“La santidad no significa hacer cosas extraordinarias, sino seguir cada día la voluntad de Dios -dijo al reunirse con la asamblea eclesial del Patriarcado de Venecia-. Sí, hacen falta fieles laicos fascinados por el ideal de la santidad para edificar una sociedad digna del hombre, una civilización del amor”⁷.

De hecho el Papa, consciente de la dificultad que entraña la relación entre la fe cristiana y la postmodernidad, en su encuentro con los miembros del Pontificio Consejo para la Nueva Evangelización resaltaba:

“es importante hacer que comprendan que ser cristiano no es una especie de vestido que se lleva en privado o en ocasiones particulares, sino que se trata de algo vivo y totalizante, capaz de asumir todo lo que de bueno existe en la modernidad. Es necesario hacer que el estilo de vida de los creyentes sea creíble y convincente cuanto más difícil sean las situación en la que se encuentren”⁸.

Es decir, son necesarios hombres y mujeres que sean resplandor de la Verdad revelada en Cristo y que estén dispuestos a seguirlo. Seguir a Cristo no significa simplemente imitar al hombre Jesús. El seguimiento a Cristo tiene, -como nos dejaba ver Juan Pablo II en la Encíclica *Veritatis splendor*-, una meta mucho más alta: asimilarse a Cristo y, de este modo, llegar a la unión con Dios.

Llegar a ser “*bueno*” –a tenor del diálogo de Jesús con el joven rico, que el Papa va comentando- significa llegar a ser semejante a Dios. Los Diez Mandamientos son una autorrevelación de Dios; ayudan a encontrar la vía para ser semejantes a Dios. Por tanto, quien recorre la vía de los Mandamientos está en camino hacia Dios, aun cuando todavía no lo haya conocido. Pero el cristiano va a más. Tiene una llamada de Cristo al seguimiento, es decir, caminar con Él para llegar al bien por excelencia.

“El amor y la vida según el Evangelio no pueden proponerse ante todo bajo la categoría de precepto, porque lo que exigen superan las fuerzas del hombre. Sólo son posibles

⁷ Discursos a la asamblea eclesial del Patriarcado de Venecia, 8 de mayo 2011.

⁸ Encuentro con el Pontificio Consejo para la Promoción de la Nueva Evangelización, 1 de Junio de 2011.

como fruto de un don de Dios, que sana, cura y transforma el corazón del hombre por medio de su gracia⁹.

Por tanto, el seguimiento es la comunión con Cristo, realizable en la vida sacramental. No es un argumento moral, sino un tema "*mistérico*", un conjunto de acción divina y de respuesta nuestra. Es participar de su cruz, unirse a su amor, para la transformación de nuestra vida, que se transforma en la vida del hombre nuevo, creado según Dios (cf. Ef 4, 24).

Caridad: Amor a los hombres

Hablar de evangelización exige a la Iglesia ser servidora de los hombres, según el itinerario trazado por Juan Pablo II en su primera encíclica:

“el hombre es el primer camino que la Iglesia debe recorrer en el cumplimiento de su misión. El es la primera vía fundamental de la Iglesia, trazada por el mismo Cristo, vía que inalterablemente pasa a través de la Encarnación y de la Redención”¹⁰.

Por tanto, la misión del cristiano comienza por la escucha, para acoger y compartir el sufrimiento de los otros, el sufrimiento de la creación. El Evangelio de Marcos nos habla de que a Jesús, al ver a la multitud despojada y abatida, se le conmovieron las entrañas. Cristo miró a aquella muchedumbre que le seguía, antes de saciarla con los panes, y sintió lástima; tuvo compasión de aquellos que, como hoy, andaban como ovejas sin pastor; vio Jerusalén y lloró; se acercó a la viuda de Naím, y se apiadó de ella; le trajeron a la mujer sorprendida en adulterio, y no la condenó; con afecto y cariño miró también al joven rico de corazón bueno, y también a Pedro, que le había negado, sin reprocharle nada; miraba con entrañas de amor y solicitud el amplio mundo, la heredad de Dios, necesitado de obreros para trabajar por él, en su nombre y con su Espíritu.

Desde esa conmoción de entrañas, desde esa compasión por los hombres, arranca su misión y la de los apóstoles, y en ella y desde ella brota la misión de todos los que constituimos la Iglesia. Así también hemos de mirar el mundo de hoy para traerle salvación, luz, esperanza, sanación, reconciliación; es decir, la alegría de un futuro nuevo, lleno de fecundidad y de consuelo. Esta convicción es fundamental en la Iglesia, para que nos aprestemos a evangelizar de nuevo, que es, de alguna manera, edificar la nueva sociedad y la Iglesia del presente y del futuro, según Dios y juntamente con Él.

La Iglesia se siente urgida, no por razones de supervivencia estratégica, sino por amor y servicio a los hombres, a evangelizar, a reconstruir y edificar sobre la roca firme de la Palabra que es Cristo. La caridad de Cristo urge hoy a los cristianos y nos apremia a que nos consagremos a esta apasionante labor; que entreguemos a los hombres lo mejor que les puede suceder: la buena noticia de que Dios los ama y pone en nosotros su amor que lo cambia todo.

En este sentido siguen siendo valiosísimas las palabras con las el Concilio quiso dirigirse al mundo moderno en su Constitución pastoral *Gaudium et Spes*:

“Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón”¹¹.

Lo decía el Papa Juan Pablo II, cuya beatificación hemos celebrado recientemente: no lo dudemos: «*Nos espera una apasionante tarea de renacimiento. Una obra que implica a todos*»: evangelizar; de nuevo evangelizar; como en los primeros tiempos. Es en verdad apasionante mostrar la verdad y el rostro de Dios, que es Amor, en nuestros días; es apasionante, sin duda alguna –lo digo por experiencia real y vivida– poder hablar de Jesucristo a nuestros contemporáneos, ofrecérselo, e invitarlos a que compartan el gozo y el inmenso don de la fe. Nada se le puede comparar a esto. Toda auténtica vocación viene de Dios y es para los hombres se consagra a dos amores: el de Dios que lo ha elegido y el de los hombres a los que es enviado.

⁹ Veritatis splendor, n. 22.

¹⁰ Juan Pablo II, *Redemptor Hominis*, 14.

¹¹ GS, 1.

Esta empatía y simpatía con los hombres es, pues, el punto de partida de nuestra misión. *“Tanto amó Dios al mundo que envió a su Hijo al mundo, no para condenarlo, sino para que el mundo se salve por él»* (Jn 3,17) . Y esta salvación ha acontecido desde abajo, desde la consolación, desde la solidaridad, desde la compasión radical por los hombres.

El amor al hombre implica ser capaces de dirigirnos al hombre postmoderno desde un lenguaje que resulte inteligible sin alterar ni desvirtuar el verdadero mensaje de Jesús. Para ello es necesario saber usar eficaz e inteligentemente los medios de comunicación y los medios informáticos. Sin absolutizarlos pero al mismo tiempo sin anatematizarlos. Sobre esta cuestión Benedicto XVI ha afirmado en relación a Internet y la formación en los seminarios:

“Con el necesario discernimiento para su uso inteligente y prudente, es un instrumento que puede servir no sólo para los estudios, sino también para la acción pastoral de los futuros sacerdotes en los diferentes campos eclesiales, como la evangelización, la acción misionera, la catequesis, los proyectos educativos, la gestión de las instituciones. También en este sector es muy importante contar con formadores adecuadamente preparados para que sean guías fieles y siempre actualizados, con el fin de acompañar a los candidatos al sacerdocio al uso correcto y positivo de los medios informáticos”¹².

Fidelidad y fortaleza para ser testigos

Para llevar a cabo esta urgentísima y apremiante obra y servicio de la Iglesia de una *Nueva Evangelización*, es preciso que la Iglesia camine en medio de los vientos contrarios de hoy, sin miedo, obedeciendo a Dios antes que a los hombres, conscientes de que el Evangelio no está encadenado ni en trance de perecer, sino que es camino cierto de salvación para todo el que cree, *“fuerza de Dios y sabiduría de Dios”* en palabras del Apóstol.

Sabemos, además, que hoy -y casi siempre- la Iglesia ha debido navegar contracorriente, ya que la barca de Pedro atraviesa la historia en un mar sacudido por tantas olas de modas culturales que tanto presionan, por tantos vientos, a veces tan adversos, que parecen confundirnos y llevarnos sin rumbo. Pero hoy como entonces, el Señor está en ella por más que a veces su presencia misteriosa sólo pueda percibirse por la fe a través de la experiencia de conversión, de comunión, de adoración.

Así pues, en medio de este mar postmoderno, tan contradictorio y fragmentado en el que parece que nos vamos a hundir en la desesperanza, se ha de caminar con la certeza de que Jesucristo mismo, en Persona, el mismo que nació de la Santísima Virgen María y fue crucificado, es el que ahora vive resucitado, triunfador de la muerte, con las llagas abiertas de la carne y del costado herido, y que no es un fantasma, no es una idea, no es el fruto de nuestras imaginaciones o de nuestras proyecciones y opiniones, de la que hablaban los maestros de la sospecha en pleno siglo XIX.

Nosotros no creemos en el Dios de los filósofos al que se refiere Pascal y que es el resultado de la deducción de la mente del hombre o de sus deseos de seguridad o perfección. Creemos en el Dios que se ha hecho hombre y en que en Él se nos revela a la vez la verdadera medida de lo humano y el verdadero rostro divino. A lo que puede llegar el hombre si se fía de la misericordia de Dios. Aquél que, como a los Apóstoles nos alienta hoy a todos *“¡Ánimo, soy yo, no tengáis miedo!”* Y nos invita fijos los ojos en Él a *“caminar sobre las aguas”* (Cf. Mt 14, 22-33).

Para evangelizar, aunque a algunos les parezca paradójico, no nos podemos casar con el presente que pasa y enseguida se esfuma. Como recuerda Pablo VI en su inolvidable Encíclica *Ecclesiam suam* nada es más contrario al diálogo que busca la verdad que el falso irenismo, esto es, la abdicación de aquello en lo que se cree para lograr un acuerdo que lejos de alcanzar la verdad sería una negación de ésta. Para evangelizar, es preciso ser hombres y mujeres de fe sólida, de firme certeza, maduros en la fe, enraizados en la roca firmísima de la fe de la Iglesia.

Por ello es preciso, a la vez e inseparablemente, insistir en la transmisión fiel de la sana, recta y verdadera doctrina, aunque eso *«escandalice»* a los oídos de muchos de nuestro tiempo o a la cultura dominante de

¹² BENEDICTO XVI, Discurso a los participantes en la Asamblea Plenaria de la Congregación para la Educación Católica, Lunes 7 de febrero de 2011.

nuestro época, o a los que, erigidos en jueces y mentores de nuestro mundo, deciden y dicen qué es lo que hoy hay que pensar, hacer y hasta creer, a todos, hasta a los cristianos.

A veces, desde el seno de la propia Iglesia, se asume esta expresión de la cultura dominante cuando se busca una interpretación «*adaptada*» y «*light*» de la fe de la Iglesia, una interpretación del cristianismo que no asuste, ni obligue a tomar partido o que no se destaque por su originalidad ni por su radicalidad. Piensan equivocadamente que para que el cristianismo permanezca son necesarios los aplausos y los oídos halagados de los espectadores y de la cultura hegemónica.

Es la tentación saducea que conoció el propio Jesús y que está aún más alejada que la propuesta farisea de la verdad que Él vino a revelar. Por desgracia, quienes quieren desactivar la fuerza renovadora del evangelio siempre hallarán a la mano una comprensión del cristianismo o unas interpretaciones del Evangelio y de la moral cristiana que no escandalicen a nadie. A la postre se trata de una propuesta errónea que nos aleja para quien nos escucha de la posibilidad de confrontarse con una verdad que les interpele al menos de la misma manera e intensidad que las interrogantes de este mundo interpelean a la fe.

Las palabras del todavía cardenal Ratzinger son claras al respecto:

«Una interpretación del cristianismo que le deja tan vacío de realidad significa no ser sinceros ante las preguntas de los no cristianos, cuyo ‘quizá no’ nos acosa tan seriamente como quisiéramos que nuestro ‘quizá’ cristiano les acose a ellos».

En definitiva, ¿no se es desleal cuando se quiere mantener en pie el cristianismo a base de interpretaciones tan artificiales y arbitrarias como algunas de las que ahora se ofrecen? A este respecto tenemos que tener claro que tanta disparidad, tanta opinión o interpretación de lo esencial del cristianismo, de las realidades cristianas, muchas de ellas básicas e imprescindibles para creer y pertenecer a la Iglesia católica lo único que hace es desconcertar a la gente.

Los hombres necesitan certezas y no se evangeliza ni se transmite la fe, ni se puede conducir a ella, sin la fidelidad a la doctrina de la Iglesia, y sin la comunión inquebrantable con ella. Se requiere un anuncio fiel e íntegro del Evangelio, transmitir un «*núcleo*» permanente e irrenunciable, es decir la «*sustancia viva del Evangelio*». Para una Nueva Evangelización es preciso ir a lo esencial y nuclear de la fe.

Así pues la Nueva Evangelización se mueve entre la imaginación y creatividad en los métodos, en los modos y medios de expresión, pero fidelidad inmovible en el contenido de la fe, tal como hemos visto en la pasada Jornada Mundial de la Juventud. Y esto, desde la convicción que sólo la palabra de aquel que el Verbo encarnado nos conducirá a la verdad plena, a la salvación definitiva.

En cambio, con posturas descafeinadas no convertimos a nadie. Con ambigüedades, falsas tolerancias y evidentes condescendencias, con amagos de progresismo secularista o componendas oportunistas no hacemos recapacitar a la gente ni cuestionamos los modelos presentistas de vida que acaban imponiéndose.

Por ello, es urgente y apremiante, como los Papas nos animan, empezando por Pablo VI en su Exhortación Apostólica *Evangelii Nuntiandi* a impulsar una *Nueva Evangelización* que comience desde los mismos cristianos que nos haga fuertes en la fe, gozosos de serlo y capaces de mostrar en nuestro mundo la capacidad renovadora, humanizadora, de solidaridad, de libertad, de convivencia auténtica, de paz, solidaridad y progreso.

Sólo así estaremos en condiciones de ofrecer lo que el mundo necesita: fortaleciendo la vida y la identidad cristiana de todos los cristianos en la Iglesia contribuiremos a superar la dinámica de un pensamiento laicista y naturalista que excluye a Dios, quiebra la verdad del hombre y sus posibilidades, socava los fundamentos de la moralidad y destruye, desde dentro, la misma capacidad humanizadora de la fe y las exigencias morales que de ella derivan

Unidad en la comunión

Los cristianos deben ser muy conscientes de que la mentalidad laicizadora y secularizadora imperante introduce dentro de la fe un germen de racionalismo que rompe la unidad de la conciencia personal de los católicos y amenaza la unidad visible de la Iglesia, además de debilitar la libertad religiosa, base permanente en todo sistema democrático y de libertades.

En este sentido es oportuno señalar mirando *ad intra* de la propia comunidad cristiana, la existencia en la Iglesia de no poca disgregación, de muchas distancias y reticencias entre unos grupos y otros. Ante esta realidad es sumamente necesario fortalecer la unidad de los católicos en estos momentos, en todos los campos y entre todos los sectores y carismas en la Iglesia.

Como dije recientemente en mi homilía en la apertura del Curso pastoral:

“No podemos andar divididos, cada uno individualmente o buscando cada grupo a su propio interés o beneficio particular. Menos aún haciéndonos la «guerra» por no sé qué protagonismos, o celosos cada uno de lo «nuestro». Estamos llamados a vivir la comunión, y esto se ha de traducir visiblemente en trabajar todos a una. Se trata de aunar esfuerzos que sean reflejo de la verdad y de la comunión que nos constituye. No se trata de una cuestión meramente estratégica en aras a la eficacia sino de un deseo expresado por el propio Señor. “Que sean uno, como tú Padre en mí y yo en tí, que sean uno en nosotros para que el mundo crea que tú me has enviado” (Jn 17,21).

No hay evangelización posible, ni renovación verdadera de la humanidad ni pueden surgir hombres nuevos, si no hay comunión. No habrá aportación específicamente cristiana digna de crédito ni una iniciativa vigorosa o significativa de la Iglesia a los grandes problemas que nos aquejan sin esta necesaria unidad. Sin esta unidad, también en la acción, que es reflejo de la unidad de todos en Cristo, no podremos edificar sobre la Roca firme que es El, fundamento de una nueva sociedad y de una humanidad nueva. Con Cristo, firmes en la fe, arraigados en esta unidad básica e imprescindible, «todos los bienes son posibles, sin Él no se puede construir nada sólido, pues *‘nadie puede poner otro cimiento que el ya puesto: Jesucristo’* (1 Cor 3,11)».

Esta unidad tiene que edificarse antes en una verdadera comunión de amor y de doctrina, de confianza y de aceptación. Todos tenemos que revisar nuestras posturas de comunión eclesial que tiene que ser, no difusa y vaporosa, sino concreta, práctica, obediente, en lo doctrinal y en lo moral. Esta es la importancia y el significado del signo que hemos realizado en esta Eucaristía de comienzo de curso con la profesión del Credo y la adhesión al Magisterio eclesial completo, sin excepciones. *Sentire cum Ecclesia* incluye una aceptación clara de todo lo que se nos ha transmitido desde la antigüedad hasta aquello más reciente; también los documentos difíciles de contenido más comprometido, como *Humanae vitae*, *Dominus Iesus*, o el *Catecismo de la Iglesia Católica* para algunos más duros de tragar difíciles de aceptar en su integridad.

Porque estar de acuerdo en que Dios es amor, es fácil incluso para quien no es cristiano. Menos fáciles Pero menos fáciles de aceptar son sus consecuencias prácticas que tantas veces, desde el misterio de la Cruz conllevan sacrificio, exigencias, renuncia, morir al propio yo palabras tan extrañas y alejadas del pensamiento y la cultura actuales. Se trata de verdades que se traducen en la vida práctica en actitudes y comportamientos que este mundo desconoce o desprecia pero que, sin embargo, necesita, como la apertura y el respeto a la vida, la fidelidad, la renuncia a los bienes particulares en pos del bien común, etc.

En definitiva sin una unidad clara, afectiva y efectiva en la fe y en la vida de la Iglesia es imposible la evangelización. Esto nos explica la tenacidad y empeño con los que desde el principio los primeros Padres y Pastores de la Iglesia combatieron cualquier ruptura de la unidad de la fe buscando restituir la unidad a través, sobre todo, de los sucesivos concilios ecuménicos.

Es necesario vivir con intensidad la eclesialidad que nos obliga a dejarnos sorprender por Dios y estar abierto al Espíritu Santo y a los nuevos carismas que suscita el Señor en su Iglesia. Juan Pablo II una y otra vez, en la Exhortación *Christifideles Laici*, en la Vigilia de Pentecostés de 1998 con los Movimientos y nuevas realidades eclesiales ha establecido claramente un criterio seguido luego sin reservas por Benedicto XVI.

Estas realidades eclesiales aparecidas algunas de ellas en la proximidad del concilio Vaticano II pueden considerarse en gran medida la respuesta del Señor a aquella petición formulada por Juan XXIII en la Sesión inaiugural del Concilio de que aconteciese en la Iglesia un nuevo Pentecostés. Son fruto de la acción multiforme del Espíritu Santo en la Iglesia, no obstante lo cual, siendo realidades humanas, son asimismo falibles y han de estar sujetas al recto juicio de los pastores.

Estas realidades, junto con todas aquellas Instituciones eclesiales, Asociaciones y cada uno de los cristianos, parroquias, familias, colegios estamos llamados a una tarea común. Todos hemos recibido el don del Espíritu Santo por el Bautismo que nos iguala en dignidad como cristianos, hijos de Dios y miembros de Cristo, que es la Iglesia, y por lo mismo copartícipes de su misión evangelizadora como bien recogen las

palabras de Benedicto XVI a los obispos en su viaje a Inglaterra donde les anima a afrontar la *Nueva Evangelización* y les dice:

“Como sabéis, he creado recientemente el Consejo Pontificio para la Nueva Evangelización de los países de antigua tradición cristiana, y os animo a hacer uso de sus servicios al acometer vuestras tareas. Además, muchos de los nuevos movimientos eclesiales tienen un carisma especial para la evangelización, y sé que continuaréis estudiando los medios apropiados y eficaces para que participen en la misión de la Iglesia”¹³.

Conclusión

Quiero concluir animando a todos: a prepararse con ilusión unos y a proseguir con perseverancia otros, para poder emprender con entusiasmo el camino de la *Nueva Evangelización*. Quienes aquí participáis de esta inauguración del Curso académico habéis de sentiros llamados a esta tarea. Los sacerdotes, que participáis y colaboráis en la tarea de enseñar propia del Obispo. Los seminaristas que os preparáis para ser el día de mañana maestros en la fe de vuestros hermanos. Los Profesores cuya vocación es conducir a vuestros alumnos a la búsqueda de la verdad que se halla en Dios. Los religiosos que en la multiplicidad de vuestros carisma hacéis presente el Evangelio del cual sois signo visible. Los fieles laicos en general, padres de familia, jóvenes que tenéis la hermosa misión de implantar la Buena Noticia en vuestros ambientes a veces tan contradictorios, cuando no hostiles.

Soy consciente de las dificultades ante un mundo vacío que espera anunciadores y testigos creíbles del evangelio, con renovadas propuestas capaces de poder edificar una nueva civilización digna de la vocación del hombre. Pero ante las dificultades escuchamos las palabras de Jesús que nos conforta diciéndonos: “ánimo no temáis... yo estoy con vosotros hasta el fin del mundo”. (cf Jn 16, 33; Mt 28, 20)

Así que abramos las puertas al Espíritu Santo que hemos invocado antes en la Eucaristía que acabamos de celebrar. Que sea Él quien suscite entusiastas anunciadores y testigos del Evangelio, humildes y valientes a la vez, convencidos del mensaje que portan, movidos con un gran amor por todos los hombres y especialmente por los alejados y por aquella oveja perdida por la que el Buen Pastor fue capaz de dejar la comodidad de las noventa y nueve y pidámosle que despierte en los hombres hambre y sed de la Palabra de Dios¹⁴.

Que la poderosa intercesión de la Inmaculada Virgen María, Sede de la Sabiduría y el auxilio y el estímulo de San Juan de Ávila, Patrono del clero español y de nuestro Seminario y ya casi flamante Doctor de la Iglesia, nos impulsen a esta ilusionante tarea.

+ José Mazuelos Pérez
Obispo de Asidonia-Jerez

¹³ BENEDICTO XVI, Discurso del Santo Padre en el encuentro con los obispos de Inglaterra, Gales y Escocia, Birmingham, Domingo 19 de septiembre de 2010

¹⁴ Idem., n. 122.